

El hombre que unió el mundo

Toda historia posee un inicio y el de la epopeya americana de España se gestó cuando un personaje, a caballo entre la leyenda y la realidad, llegaba a la corte de los Reyes Católicos con una sorprendente y arriesgada propuesta que, sin embargo, fue escuchada.

Por **Janire Rámila**

Nadie sabe lo que hay en ese mar, ni puede averiguarse, por las dificultades que oponen a la navegación las profundas tinieblas, la altura de las olas, la frecuencia de las enfermedades, los innumerables monstruos que lo pueblan y la violencia de sus vientos". Ésta es la visión que en el siglo XII tenía del océano Atlántico el geógrafo musulmán El-Edrisi, entonces llamado *Mare Tenebrosum* por los cristianos y Mar de Tinieblas por los musulmanes. Un espacio poblado de animales fantásticos y agresivos que defendían sus aguas hundiéndose cuanto navío osaba penetrar en ellas. Supersticiones producto de la incapacidad de los europeos por sortear las duras condiciones de un mar muy diferente al sosegado Mediterráneo, donde la vela aseguraba el movimiento del navío y la visión continua de la costa proporcionaba tranquilidad a la marinería.

Pero el espíritu humano es indomable y desde el siglo XIV, una serie de intrépidos marineros fueron enfrentándose a ese Mar de Tinieblas, inicialmente con cautela y, luego, con arrojado descaro. El primer paso llegó entre 1341y1342, cuando dos barcos de bandera portuguesa redescubrieron las islas Canarias y los archipiélagos de Madeira y las Azores, demostrando que el océano no se terminaba en una inmensa catarata como creían algunos y que, de superar el miedo, podían ser muchas las recompensas. El príncipe luso Enrique el Navegante aceptó este desafío y, tras conquistar Ceuta en 1415, sus marineros iniciaron una brillante empresa descubridora que continuaría el rey Juan II

con el establecimiento de puertos en la Guinea y en toda la costa occidental africana, aunque siempre con el Atlántico a sus espaldas. En 1488, Bartolomé Díaz descubriría el paso del Sur por el Cabo de Buena Esperanza y, un poco después, Vasco de Gama abriría la ruta definitiva hacia las islas de las especias, propiciando riquezas infinitas a su Corona. Para el final de aquel siglo XV, Portugal era por derecho propio el epicentro marítimo y astronómico de Europa, atrayendo hasta sus puertos a comerciantes, traficantes, mercaderes... Todos deseosos de fama y aventura.

Uno de aquellos aventureros se llamaba Cristóbal Colón, llegado a Lisboa en 1476 con la aureola de hombre misterioso, sin patria conocida y pasado oculto. Algunos aseguran que fue corsario y tratante de esclavos, otros, un adelantado científico y ferviente seguidor de las doctrinas de Ptolomeo y Toscanelli. Y quizá razón no les falte a ninguno. "Fue varón de grande ánimo, esforzado, de altos pensamientos, inclinado naturalmente, a lo que se puede colegir de su vida y hechos y escrituras y conversación, a cometer hechos y obras egregias y



Contacto entre dos mundos

Desde su llegada, los españoles comerciaron con los indígenas, sorprendiéndose por las grandes maravillas que aquella tierra ofrecía.

señaladas”, dijo de él uno de sus más firmes defensores, Bartolomé de las Casas.

Bajo su brazo Colón portaba una fabulosa propuesta para el rey portugués, una empresa largamente meditada, nada menos que alcanzar las tierras de las especias por un lugar nunca antes navegado, cruzando el *Mare Tenebrosum*. Y no sólo estas islas, también las tierras mencionadas dos siglos atrás por Marco Polo y nunca vueltas a admirar, tierras como Cipango (Japón) o Catay (China). Para convencer a posibles mecenas y como hombre de su tiempo, Colón acompañó su proyecto con mandatos y pasajes de la Sagrada Escritura, sueños premonitorios y datos geográficos ajustados a una perspectiva muy personal del mundo. Si el sabio Alfraganus había estipulado correctamente la circunferencia del Ecuador en millas árabes, él las convertía literalmente en millas latinas sin tener en cuenta la diferencia entre ambas -2.000 metros la milla árabe y 1.480 la latina-, con lo que reducía las distancias a un cuarto de las reales. Quizá por ello, los astrónomos y astrólogos portugueses, acostumbrados a tratar con marinos serios y no con aventureros mesiánicos, aconsejaron a Juan II no aceptar la oferta y proseguir con las expediciones orientales que tan buenos resultados estaban dando. “Que otro reino se embarque en tales desmanes”, debieron pensar. Y Castilla recogió el testigo.

Extrañezas y confesiones sobre datos secretos del Nuevo Mundo

El primer encuentro personal entre los Reyes Católicos y el futuro almirante se produjo el 20 de enero de 1486 en Alcalá de Henares. Colón había llegado a Castilla entablando amistad con los frailes del pequeño monasterio onubense de La Rábida, expertos cosmógrafos de gran prestigio que le abrieron las puertas de la corte católica. Sin embargo, el encuentro pronto se convirtió en desencuentro, porque al igual que le sucediera en Portugal, los asesores que acompañaban a los Reyes no confiaban en un proyecto inconsistente científicamente y altamente costoso. Uno de ellos, el doctor Rodrigo Maldonado, declararía años después que “todos concordaban que era imposible ser verdad lo que el Almirante decía”. Aún así, nadie le cerró las puertas definitivamente, zanjando la entrevista con un “ya se verá” y provocando una duda: ¿por qué si su proyecto era tan inconsistente y costoso no se le despidió en aquel instante? Los historiadores colombinos aún no saben qué responder.

Una vez desechada la propuesta, Colón quiso partir hacia Francia para probar mejor suerte, pero nuevamente los monjes de La Rábida, con fray Juan Pérez al frente, le convencen para que reconsidere su postura y aquí asalta otra cuestión. ¿Por qué estos

Más allá, al otro lado del océano
Gracias a Colón, España rompió con las supersticiones medievales que aún rodeaban a la Mar Océana.

monjes sí creyeron en Colón y no los asesores reales, igual de duchos en conocimientos astronómicos? Desde los años 70 del siglo XX, son varios los historiadores que han explicado este apoyo en la obligación que tuvo Colón de confesarles su mayor secreto para convencerles de la factibilidad del proyecto: que ya conocía las tierras que deseaba descubrir. No es descabellado pensarlo. Quienes le acompañaron en su segunda travesía siempre se extrañaron de la seguridad con la que navegaba por aguas aparentemente desconocidas. “Como si por camino sabido e seguido viniéramos”, dejaron escrito.

De la negación absoluta, al respaldo de todo un reino

Sea como fuere, Colón siguió manteniendo contacto con los Reyes Católicos, de los que recibió algún tipo de sueldo y la promesa de tratar el asunto una vez se tomase Granada. Como buenos políticos sabían que el proyecto colombino provocaría la enemistad con Portugal y convenía tener todos los frentes cerrados antes de un hipotético enfrentamiento bélico. Pese a esta promesa y harto de la espera, Colón ofreció su proyecto a los duques de Medina Sidonia y de Medinaceli, obteniendo una respuesta aún más negativa. Para 1491 nada había cambiado, exceptuando que los monarcas habían levantado a los pies de Granada el campamento de Santa Fe, donde se alojaba su ejército para el asalto final. Y hasta allí se dirigió el genovés.

Tal y como había prometido, la reina Isabel recibió a Colón a finales de enero de 1492, pocas semanas después de la caída de Granada y ahora sí, prosiguiendo con las extrañezas de esta historia, la ciencia pasó a segundo plano y el proyecto fue aprobado por decisión personal. “Vuestras Altezas determinaron que esto se pusiese en obra. Aquí mostraron el grande corazón que siempre hicieron en toda cosa grande; porque todos los que habían entendido en ello y oído esta plática, todos a una mano lo tenían a burla, salvo dos frayles que siempre fueron constantes”, escribiría el Almirante ▶





Los monjes de la Rábida

Sin la ayuda de estos sabios astrónomos, Colón no hubiese triunfado en Castilla y sus pasos se habrían dirigido a Francia.

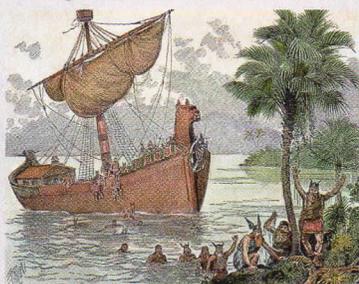


Amigos y enemigos
De valedores, los hermanos Pinzón pasaron a ser enemigos de Colón. Los motivos de este cambio son un misterio.

¿Fue Colón el primero?

Mucho se ha debatido sobre si Colón fue realmente el primer europeo en alcanzar el Nuevo Mundo, y hoy casi ningún historiador duda de que los vikingos precedieron al genovés. Ahí están para corroborarlo los restos hallados en el campamento L'Anse aux Meadows, en la costa noroccidental de Terranova. Incluso antes pudieron haber llegado los egipcios a América del Sur, tal y como demostró el aventurero noruego Thor Heyerdahl en los años 70. ¿Y qué decir de los vascos y cántabros? Ya en el siglo XVI se les encuentra en Terranova persiguiendo los caladeros de ballenas y bacalao a bordo de naves consistentes, sin saber aún cuándo llegaron allí por vez primera.

El último nombre en unirse a esta lista ha sido, Zheng He, el eunuco que, entre 1403 y 1433, exploró al frente de una flota de juncos las costas del sudeste asiático y el este de África.



Llegada de los vikingos a Vinland (tierra del vino), hoy Terranova.

Mientras la tripulación dormía, el vigía Rodrigo de Triana lanzó un grito largamente esperado: "¡Tierra!"

en 1502 dentro de su *Libro de las Profecías*.

El 17 de abril de ese 1492, ambas partes firmaban las famosas Capitulaciones de Santa Fe, garantía exigida por Colón antes de embarcar y por las que se le reconocía, entre otras peticiones, ser nombrado Almirante de la Mar Océana, virrey y gobernador de todo lo que "descubriere o ganare en las dichas mares" y la entrega de la décima parte de todas las ganancias que "se compraren, trocaren, fallaren, ganaren e ovieren dentro de los límites del dicho Almirantazgo".

Y así fue como, con un presupuesto de dos millones de maravedíes y la inestimable ayuda de los hermanos Pinzón, el Almirante armó tres navíos de nombre imperecedero: la Pinta, la Niña y la Santa María. Las tres pertenecían a una nueva generación de barcos, con la carabela y la nao al frente, más robustos que sus antecesores. Su largura permitía una mejor manejabilidad y su velamen el empleo de velas cuadradas y triangulares indistintamente. Innovaciones, tan importantes, que de no haberse dado ningún viaje por el Atlántico hubiera sido posible hasta algún siglo posterior. Tampoco los preparativos fueron fáciles, especialmente el reclutamiento de marineros. Nadie deseaba navegar a rumbo incierto y sin premio asegurado, aunque la retórica del capitán y el dinero de los Pinzón lograron reunir finalmente a unos cien marineros, suficientes para gobernar la escuadra que partió hacia las Canarias el 2 de agosto de 1492, festividad de la Virgen de La Rábida. Diez días después todos alcanzaban las Canarias y el 9 de septiembre partían hacia lo desconocido... a la Mar Océana. Que Colón sabía más de lo que decía po-

dría constatarlo el hecho de que llevase dos cuentas de distancia diferentes. Una, la que enseñaba a sus capitanes, y en la que cada día anotaba menos leguas de las recorridas, y otra, secreta y acertada. Según él, lo hacía así "porque si el viaje fuera luengo no se espantase ni desmayase la gente". Temor que ciertamente se cumplió en la noche del 9 al 10 de octubre, cuando toda la armada se levantó en motín por la larga travesía ya desarrollada, la falta de víveres y la desesperación consiguiente. Fue entonces cuando Colón lanzó su ultimátum: navegarían con igual rumbo oeste tres días más y si no hallaban tierra en ese tiempo, regresarían.

Llegada a los dominios del Gran Khan; en verdad, la isla de Cuba

Cuando el plazo estaba a punto de expirar y pasando dos horas de la madrugada del jueves 11 de ese mes, el vigía Rodrigo de Triana lanzó un grito largamente esperado, "¡Tierra!". Allá a lo lejos, entre la penumbra, se divisaba un contorno. Era una isla, bautizada por ellos como San Salvador; hoy isla Watling y perteneciente al archipiélago de las Bahamas.

Las siguientes jornadas son de sorpresa continua: las suaves playas, las feroces tormentas y la calma subsiguiente, la población local, las perlas a un palmo de distancia... Todo es motivo de asombro para los expedicionarios. El día 28 descubren la actual Cuba, a la que Colón no tuvo reparos en identificar como tierra perteneciente a Catay, dominio, por tanto, del Gran Khan. Porque hay que señalar, que no fue hasta después de la muerte del descubridor cuando se constató haber

La hora de la verdad

En Salamanca, Colón tuvo que defender sus cálculos ante un Consejo Real (pintura de Nicolo Barabino, s. XIX). Y aunque no superó el examen, los Reyes Católicos sufragaron su proyecto descubridor.



hallado un nuevo continente y no las tierras pisadas siglos atrás por Marco Polo, como siempre defendió el Almirante.

Fue también en este viaje cuando se estableció el primer asentamiento castellano en el Nuevo Mundo, el fuerte de la Navidad, levantado con los deshechos de la Santa María tras encallar en un arrecife, y cuando tuvo lugar la primera refriega armada entre nativos y españoles, advertencia de las muchas que vendrían en años sucesivos. Para el 16 de enero de 1493, las ganas de ver España pudieron a las de proseguir explorando y se inició el regreso a casa.

Antes incluso de recalar en la Península, Colón escribió un relato pormenorizado de aquellas jornadas llamado la *Carta de Colón* y que constituye el primer documento impreso referente a la historia de América. El texto se tradujo inmediatamente al latín y recorrió las cortes europeas, como en él podía leerse, para que la Cristiandad celebrase con "alegría y grandes fiestas" tan portentoso acto.

También emocionante debió ser el reencuentro con los Reyes Católicos en Barcelona. Era finales de abril y para entonces toda Europa conocía su proeza. El *Mare Tenebrum* dejaba paso a la Mar Océana, y Castilla desbancaba a Portugal como principal potencia marítima. Todo era gloria, aunque pocos fuesen conscientes de que el mundo ya no volvería a ser jamás el que era antes de ese 1493. El mundo y el prestigio del Almirante, porque sucedió que, a partir de su segundo viaje a tierras americanas, el 25 de septiembre del mismo año, los Reyes Católicos comenzaron a recelar de la visión colombina para las nuevas tierras. Y es que mientras

Colón deseaba dirigir su explotación prácticamente en monopolio, la Corona abogaba por dar carta libre de exploración a quien lo solicitase, con entrega posterior de una parte de lo conquistado. Para hacer valer sus derechos, el genovés esgrimió las Capitulaciones de Santa Fe. Según él, un contrato cierto e inviolable; según los reyes, una merced y, por tanto, revocable cuando ellos quisiesen. Y ahora así lo querían.

Últimos viajes de conquista y caída en desgracia del Almirante

Así fue cómo este gran hombre fue paulatinamente cayendo en desgracia, mientras sus idas y venidas al Nuevo Mundo no dejaban de sucederse. En mayo de 1498 realizó la tercera travesía y en abril de 1502, la cuarta y última. En cada una de ellas se descubrieron nuevos parajes, pero siempre sin abandonar el mar Caribe. Es por ello que Colón nunca tuvo conciencia de los inmensos territorios que aguardaban un poco más al sur o al norte, de haber encaminado allí sus naves. En su mente aquellas tierras seguían perteneciendo al Gran Khan, aunque jamás viese a un emisario suyo ni contactase con alguien que le hablase de sus dominios.

Por si esto fuese poco, la mala gobernación de los hermanos Colón en las poblaciones recién levantadas, sus continuos encuentros con los colonos, el escaso oro encontrado, el carácter altanero del Almirante y el temor a que Portugal recuperase la iniciativa terminaron por convencer a la Corona de la necesidad de un nuevo plan conquistador. Y en este plan, el antiguo protegido ya no tenía cabida, ni más crédito institucional o real.

Un hombre misterioso

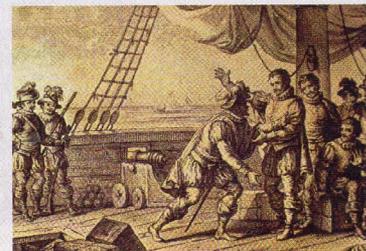
Quién fue realmente Colón?, se preguntan los estudiosos de su figura. Porque de él poco se sabe en verdad, comenzando por sus orígenes.

Algunos creen que fue genovés, pero el Almirante no dejó ningún documento escrito en ese dialecto o en italiano. Al contrario, siempre lo hacía en castellano aporuguesado, acompañado de algún que otro catalanismo. Es por ello que otros le atribuyen origen francés, mallorquín, catalán, ibicenco o sefardita.

Cuando se les preguntaba por su patria, Don Cristóbal y sus hermanos siempre aseguraban ser "extranjeros", término que en Castilla se refería a cualquiera no castellano. Inconcreción que pudiera deberse a una ascendencia de baja cuna o quizá por orígenes de judíos conversos, sinónimos en la época de ostracismo social.

Tampoco está clara su profesión anterior a la de descubridor. Seguro es que conocía el lenguaje del mar y que debió trabajar con los portugueses en las costas africanas. Quizá como corsario, primero, y como esclavista, después.

Y es que, salvo sus últimas aventuras, la vida de Colón está envuelta en neblina, lo que explica por qué cinco siglos después aún seguimos hablando del personaje.



Grabado de 1807 que recoge el instante en que Colón es detenido.

Las nuevas tierras necesitaban de hombres osados que no tuvieran reparo en recorrerlas, de familias y comerciantes que desearan establecerse allí, de conquistadores fieles a su rey que no solicitasen acuerdos ni contratos antes de partir, de aventureros ansiosos de fama y fortuna, pero sin aires de grandeza ni secretos en la alforja. Éste era el futuro que ya comenzaba a gestarse inexorablemente y que Colón jamás llegaría a ver, quizá por fortuna para él.

Con su muerte, el 20 de mayo de 1506, terminaba una era y comenzaba la gran aventura española en América. ■